

La transformación de la guerra y la cuestión de la paz*

Monique Castillo
Universidad de París XII

Es posible darle a la paz una inspiración espiritual, un fundamento moral y una realización política.

Cuando la paz está inspirada por principios metafísico-religiosos, es vivida como la unidad espiritual de un orden eterno del mundo. Es ahí donde se inspira el pacifismo radical de Tolstoi: “renunciar a hacer la guerra y hacer el bien a los hombres sin distinción alguna entre los llamados enemigos y compatriotas”¹ le da a la vida de un cristiano un sentido “indestructible por causa de la muerte”².

Cuando la paz se funda en principios morales, forja una esperanza que podría ser compartida por todos los miembros de la especie humana. Kant le dio a esta dimensión moral de la paz la autoridad de su racionalismo crítico: “La razón práctica enuncia en nosotros su *vetto* irresistible: no debe haber guerra”³.

Cuando se espera una realización posible de la paz por parte de una voluntad política, la paz es concebida entonces en relación con la guerra: o bien consiste en una simple limitación de la guerra (esta versión es la del realismo político a partir de Maquiavelo), o bien es una supresión de la

* Texto de la conferencia dictada por Monique Castillo en la Pontificia Universidad Católica del Perú, el 9 de abril de 2005.

¹ Tolstoi, Leon, *Ma religion*, París: Librairie Fischbacher, 1885, p. 262.

² *Ibid.*, p. 264.

³ Kant, Immanuel, *Metafísica de las costumbres. Doctrina del derecho*, Berlín: Walter de Gruyter, 1968, AK. VI, conclusión, párrafo 2, p. 354.

guerra (esta versión es la del idealismo jurídico que inspiran, después de la primera guerra mundial, las organizaciones mundiales de la paz).

En el siglo XX, la suerte de la paz parece estar ligada al superpoderío tecnológico. Ahora que la especie humana ha encontrado los medios para hacer que la guerra tenga tanta potencia como para haberla vuelto frágil, autodestructible, podría creerse que se impone entonces, irreversiblemente, el imperativo absoluto de su solidaridad en vista de la supervivencia. Es tentador entender esta perspectiva como un tipo de fin de la historia, es tentador creer que la paz podrá desde ahora ser verificada como un hecho y administrada como una cosa. Los adeptos a un gobierno mundial la admiten a su modo, haciendo de la paz un objetivo que se puede producir por medio de una homogeneización de las necesidades y de las satisfacciones.

Pero el inicio del siglo XXI asiste al nacimiento de una nueva combinatoria del peligro de nuevos tipos de conflictos y de nuevas explosiones de violencia. La transformación de la guerra engendra diversas posturas con respecto al tema de la paz al interior mismo de la civilización occidental, que a su vez se convierte en una realidad susceptible de ser destruida por los que se dicen sus enemigos. He aquí un hecho nuevo: es en el momento en que se cobra conciencia de la dimensión cultural de la paz, más allá de su dimensión política, cuando esta se convierte tanto en un arma de guerra como en un arma... de paz.

I. La transformación de la guerra

Para comprender bien lo que se llama hoy la transformación de la guerra, hay que recordar brevemente cuál es nuestra concepción clásica de la guerra (más bien se debería decir: lo que es hoy nuestra concepción clásica de la guerra moderna).

A) La concepción clásica de la guerra

A lo que tradicionalmente se le llama “guerra” es a un conflicto armado entre Estados soberanos. La guerra es un fenómeno interestatal y simétrico: dos Estados soberanos tienen el mismo derecho de recurrir a las armas (*ius ad bellum*) a fin de zanjar un litigio para el cual no reconocen solución jurídica o diplomática alguna. La guerra es un fenómeno

eminentemente político, en el sentido en que tiene por objeto “obligar al adversario a ejecutar nuestra voluntad” (Clausewitz), lo que hace cuando capitula, es decir, cuando se declara vencido y reconoce al adversario como vencedor. Con respecto a esta dimensión política de la guerra, Clausewitz ha puesto en evidencia que se trata de un factor limitante de la guerra: la guerra cesa a partir del momento en que existe una paz negociable, en que existe pues un interés en hacer la paz. De modo que el derecho a la guerra puede combinarse con un derecho de la guerra (*ius in bello*): la guerra se practica entre ejércitos, hay que distinguir entre militares y civiles, tratar a los prisioneros según las reglas, saber parar la guerra en la victoria, sin llegar al aniquilamiento o exterminio del adversario. “La violencia de la guerra es en principio limitada. Tiene por objetivo la capitulación y no el exterminio. Según su concepción, la guerra es un conflicto armado para el poder. Ella apunta a la destrucción de un ejército, de un sistema de dominación, no al aniquilamiento de todos los hombres que pueblan esas estructuras”⁴.

La paradoja de la concepción clásica de la guerra es la siguiente: el Estado es la instancia que declara y hace la guerra, pero el Estado es también la autoridad que convierte la violencia en fuerza organizada y disciplinada, es el que puede limitar la guerra y preparar la paz en la guerra.

Puede observarse que, entre las concepciones positivas de la paz, la más célebre, que es la de Kant –la cual se ha prolongado en la creación de la Sociedad de Naciones, luego en la de la ONU y, hoy, en la creación de la Unión Europea–, descansa totalmente en esta concepción interestatal clásica de la guerra. La idea de que la paz podría convertirse en un estado duradero de seguridad organizada que ponga fin a todas las guerras significa la instauración de nuevas relaciones entre los Estados, lo cual implica que el Estado republicano, del que Kant anticipa la llegada, tendrá la fuerza de practicar el autorrebasamiento o la autolimitación, la transferencia voluntaria de una parte de la soberanía en beneficio de una “alianza de paz” entre Estados libres (*Hacia la paz perpetua*, segundo artículo definitivo).

⁴ Sofsky, Wolfgang, *Zeiten des Schreckens. Amok, Terror, Krieg*, Frankfurt: S. Fischer 2002. En adelante se citará según la traducción francesa: *L'ère de l'épouvante*, Paris: Éssais Gallimard, 2002, cap. V, p. 92.

B) Las guerras nuevas

1) Privatización de la guerra

Pero las violencias a las que se les llama hoy “nuevas guerras” ya no tienen ninguna relación, ni jurídica, ni política, ni militar con estos caracteres distintivos de la guerra moderna, hasta el punto que se pregunta si el término de “guerra” puede aún serles aplicado. Las “nuevas guerras”, en efecto, son guerras privadas, en la medida en que actores no estatales (una secta, una organización terrorista, una banda de narcotraficantes, un grupo de rebeldes, etc.) se apropian del monopolio de la violencia por parte del Estado con la intención de extraer de ello un beneficio personal, a despecho del interés general de la nación, del pueblo o de los individuos. O bien estos grupos se dedican a destruir las estructuras del Estado (cuando se trata de verdaderas organizaciones armadas, mafiosas o rebeldes), o bien nacen y se aprovechan de la delicuescencia del Estado, cuando este, luego del colapso de un sistema colonial o comunista, cae en manos de la corrupción y de la rebelión. El recurso a la guerra se convierte así en un fenómeno privatizado, lo que remite a un estadio premoderno de la guerra, antes de que se constituya el Estado como poder para canalizar el recurso a la fuerza. La mayoría de los comentaristas hacen referencia a las explosiones de violencia características de la época medieval para encontrar en ellas prácticas análogas. “La especificidad del militar que combate a otros militares desaparece a favor del técnico o del burócrata, del bandolero o del miliciano, del mafioso o del mercenario, del fanático de Dios o del aventurero, del desesperado o del señor de la guerra”⁵.

2) Víctimas civiles y crimen organizado

Estas violencias ponen en jaque nuestra comprensión de la guerra, pues no solo son guerras privadas y despolitizadas, son también guerras desmilitarizadas: no son los soldados los que combaten y no combaten con otros soldados. Son expertos en violencia que se comportan como técnicos del crimen y que tienen como objetivo prioritario a las poblaciones civiles, porque están indefensas. La violencia es utilizada como una técnica de terror y una práctica de crueldades insoportables: violaciones

⁵ Hassner, Pierre, *La violence et la paix*, Paris: Le Seuil, 2000, p. 302.

colectivas, mutilaciones, torturas, degradaciones psíquicas... El sociólogo Wolfgang Sofsky llama “merodeador” al tipo de hombre así “promovido” por el sueño de impunidad y de omnipotencia. “En todas partes del mundo uno encuentra bandas de gente armada: en Guatemala y en Colombia, en Somalia o en Sierra Leona, en Zaire y en Ruanda, en Tayikistán, en Birmania o en Nueva Guinea. El merodeador es la figura piloto de una guerra mundial que no se libra entre Estados nacionales, sino entre jefes de guerra locales, padrinos de la droga, clanes o milicias privadas. Si bien los ejércitos regulares están implicados en un principio, la barrera que separa la tropa de soldados de la banda de asesinos cae durante el conflicto... El merodeador vive y se nutre de la guerra. Ama lo arbitrario y tiene tiempo. La paz no le interesa”⁶.

Es muy chocante comprobar que un buen número de estas crueldades cumple una función “económica” en tanto medios de llevar a cabo guerras baratas: el reclutamiento forzado de niños, las violaciones en serie, la barbarie de las mutilaciones, etc., forman parte del arsenal de las guerras de pequeño presupuesto, el horror mismo que puede ser explotado mediáticamente como un recurso publicitario muy eficaz.

3) Asimetría

Acaso resulte tentador pensar que se trata de asuntos que no nos interesan, si estas guerras sin nombre no tuvieran otra característica que la de poner en jaque a los medios de defensa de las democracias más poderosas y más desarrolladas.

Las guerras nuevas son guerras asimétricas, que oponen el débil al fuerte. Las milicias, las bandas de guerreros o los grupúsculos de rebeldes no tienen los medios (ni militares, ni económicos, ni tecnológicos) para enfrentar a los Estados superarmados. De ahí que estos transformen dicha desigualdad en los medios en otro tipo de asimetría al hacer uso del terror y de la barbarie en proporciones insoportables para la opinión pública, con el objeto de desmoralizar a la población de los Estados democráticos a fin de que cedan al chantaje. En consecuencia, la asimetría se vuelve contra el más fuerte. Esto ocurre en el terreno económico: mientras que el costo del equipo de ejércitos regulares y de las

⁶ Sofsky, Wolfgang, *o.c.*, pp. 166-167.

inversiones en defensa es enorme en tiempos de guerra *high-tech*, y conduce a las democracias a renunciar a la guerra, las nuevas guerras son muy baratas, pues se nutren de sí mismas mediante el pillaje, los rescates o el desvío de la ayuda internacional. “Todas las guerras nuevas tienen en común el hecho que generan en poco tiempo enormes flujos de refugiados. Muy rápidamente la ayuda internacional se pone en marcha para hacer llegar alimentos y asistencia médica... Como regla general, estos campos de refugiados participan de economías de guerra y tienen una importancia considerable para los protagonistas, pues es entonces cuando se aprovisionan de alimentos y medicinas. Lo que los países ricos creen que son acciones caritativas bien intencionadas tienen a menudo consecuencias desastrosas en las zonas de conflictos y de crisis porque los beligerantes viven de esas ayudas”⁷.

La asimetría concierne también a la práctica de los combates: los nuevos agresores echan por tierra los límites tradicionales del empleo de la violencia. Es así como el terrorismo, haciendo uso de la ideología de la guerra santa, da a la noción de enemigo un sentido elástico y escurridizo, que permite la escalada del terror en las poblaciones, al tiempo que los países estructurados por imperativos jurídicos y culturales deben prohibirse, en lo que respecta a ellos, el recurso a prácticas extremas.

4) ¿Resistencia o crimen?

¿Se trata de guerras de resistencia o de simples crímenes en masa? El observador distraído ni siquiera sabe diferenciar entre la guerra de guerrillas y el crimen organizado. Pues la guerra de guerrillas procede de una asimetría que él puede comprender intelectual y moralmente como una guerra de resistencia. La guerra de guerrillas presenta dos criterios característicos. Primer criterio: es una guerra defensiva. Segundo criterio: como ella es búsqueda de legitimidad, trata de conseguir el respaldo de la población civil. Las guerras nuevas contradicen estos dos criterios. La estrategia terrorista de las guerras nuevas es ofensiva y emplea violencia criminal en la población de su propio campo o de su propio país. Seguimos aquí el análisis del sociólogo alemán Wolfgang Sofsky: “Al merodeador le preocupa poco la propaganda, las justificaciones ideológicas o las antiguas tradiciones

⁷ Münkler, Herfried, *Die neuen Kriege*, Hamburgo: Rowohlt, 2002, p. 153. En adelante se citará según la traducción francesa: *Les guerres nouvelles*, París: Alvik Éditions, 2003, p. 147.

—explica Sofsky—, no hace la guerra en nombre de su fe, no tiene necesidad ni pretexto conceptual ni convicción política... Mientras que el guerrillero actúa bajo la protección de la población a la que él trata de convertir con sus ideales, el merodeador solo conoce a la banda de comparsas de la que es miembro... Los merodeadores no tienen como objetivo liberar a una población o a una región de la dominación extranjera. Quieren decidir simplemente quién tiene el derecho de vivir en su territorio”⁸. En opinión de Sofsky, querer explicar todos estos comportamientos por convicciones religiosas o por un fanatismo político resulta ser un prejuicio europeo.

Si se adopta este análisis, que establece una distinción tajante entre la guerra de guerrillas y el crimen organizado, puede pensarse que los medios cínicos y terroristas utilizados en las “nuevas guerras” se aprovechan indirectamente de la confusión que puede generar la opinión pública sobre la guerra de guerrillas, para atribuirse una legitimidad basada únicamente en la asimetría: en ambos casos, el débil se opone al fuerte. La diferencia reside en que la “profesionalización” del terrorismo, si es que se puede utilizar una expresión semejante, hace de la violencia un medio propio para todos los fines, incluidos los más egoístas, y no un medio orientado a la búsqueda de legitimidad y de solidaridad. Hay que revertir, pues, el prejuicio de la opinión pública: el crimen organizado por grupúsculos extremistas se constituye como una máquina para fabricar fanáticos, como un tipo de “clientela” con la que se arma para proceder al terror programado. No es dictado por una autoridad religiosa que le confiaría la tarea de procurarle un reconocimiento legítimo; se fabrica de acuerdo a las circunstancias, usando a la religión y a las identidades como una técnica que permite desencadenar y mantener la violencia.

Antes de ir más lejos, resumamos la presentación que se acaba de hacer de las nuevas guerras: son imprevisibles; se conducen solas, captan la fuerza que deberían restituir a los estados; se organizan en redes transnacionales, y hacen temer una internacionalización de los conflictos. “¿Estaríamos asistiendo hoy al retorno de los grandes miedos, de los cuales los sucesos de Tokio y de Nueva York serían las señales precursoras?”, se pregunta el politólogo francés Pierre Hassner⁹.

⁸ Sofsky, Wolfgang, *o.c.*, pp. 165-166.

⁹ Hassner, Pierre, *La terreur et l'empire*, París: Le Seuil, 2003, p. 393.

II. Interpretación: diversos puntos de vista sobre el tema de la paz

No es fácil prever el papel que estos nuevos tipos de conflictos asumirán en el futuro. Pero es claro que las interpretaciones que se extraen de él engendran desde hoy modos opuestos de plantear el tema de la paz, de su naturaleza y de su porvenir.

Dos interpretaciones mayores merecen la atención:

- La que concluye con la decadencia de la guerra, en concomitancia con la decadencia del Estado.
- La que anuncia una nueva era de la guerra, con la perspectiva de nuevos conflictos, ya no entre Estados sino entre civilizaciones.

A) La posición que considera la guerra como un fenómeno obsoleto

La posición que considera la guerra como un fenómeno obsoleto, en vías de desaparición, ha sido expresada, desde 1991, por un polemólogo israelí, Martin Harnero Creveld, cuyo libro *La transformation de la guerre* (*La transformación de la guerra*) concluye en la desaparición de las guerras entre Estados, de ahora en adelante sustituidas por “conflictos de baja intensidad” (*low intensity conflicts*). Se trata de amenazas múltiples que renacerán constantemente bajo la forma de guerrillas, de actos terroristas, de rebeliones, etc., cuya poca intensidad es, a fin de cuentas, menos homicida que las grandes guerras de masas ejecutadas por los Estados y, podríamos añadir, de las cuales el siglo XX tiene terribles recuerdos. De ahí que la tesis que considera que la guerra está llamada a declinar hasta desaparecer se haya vuelto por demás popular, sin duda porque parece más pacífica. Por otro lado, es bastante representativa de las maneras como se piensa la paz en la Unión Europea.

1) Criterio tecnológico

Se basa en varios conjuntos de argumentos, el primero de los cuales es de carácter tecnológico. Examinemos este primer argumento, el cual estipula que, en gran parte, es por razones tecnológicas que los Estados han perdido el poder de conducir las guerras. La decadencia de la guerra habría empezado a mediados del siglo XX con la invención del arma nuclear, que cambió la comprensión política del recurso a la fuerza. Ha sido preciso

adaptarse a un nuevo grado de racionalidad o de sabiduría política: un arma de destrucción absoluta ya no podía ser utilizada como recurso militar, sino solo como recurso político; ya no podía constreñir a un adversario, sino solo disuadirlo de recurrir a un arma que lo destruiría a sí mismo a la vez que a su enemigo. Así, la superpotencia tecnológica tendía ya a sustituirse por la decisión política: las guerras se volvían demasiado peligrosas como para seguir siendo “la continuación de la política por otros medios”, según la expresión muy conocida de Clausewitz.

En la actualidad, el factor tecnológico conserva la misma importancia en el razonamiento estratégico que privilegia la disuasión, pero factores más específicamente económicos vienen a añadirse: equiparse de equipos tecnológicos altamente sofisticados exige un presupuesto militar elevado. Por consiguiente, hacer la guerra no es solo descabelladamente peligroso, también se ha vuelto demasiado caro. Se puede verificar así que la “razón de Estado” devenga pacífica, al contrario de la imagen que le ha sido dada mediante el concepto de *Machtpolitik* (política de poder) del siglo pasado.

Otra opción estratégica es concebible, pero costosa. Consiste en optar por ser tecnológicamente insuperable. Tal opción estratégica solo le es permitida a una hiperpotencia erigida como potencia única. La tecnología, en este caso, contribuye a favorecer el modelo de una paz realizable por parte de un imperio.

2) Criterio cultural

Existe otro argumento: la desaparición de las guerras modernas también podría explicarse mediante razones culturales. Si la fase del Estado en el sentido moderno ha sido superada, ¿no habría por ello que concluir que estamos entrando en una era postmoderna de las relaciones internacionales, marcada por un retroceso del principio de soberanía en el plano nacional? En Europa, por ejemplo, los Estados aceptan libremente abandonar una parte de su soberanía para construir relaciones transnacionales con miras a una coexistencia pacífica. Aceptan dar su preferencia a un reglamento jurídico de los conflictos en contra de un reglamento militar.

En el espacio europeo, el pacifismo tendería así a convertirse en un verdadero hecho de cultura. Los pueblos de Europa ya no ven la guerra como un medio de conquista o de poderío: al *hardpower*, poder adquirido

por la fuerza, le hace la competencia el *softpower*, poder de influencia ganado por los medios de comunicación. La lucha por la vida tendería a trasladarse al dominio de la competencia económica. Poco a poco se va instalando la convicción de que el fin de las guerras de masas permitiría reemplazar progresivamente la acción militar por operaciones policiales, al igual que la convicción de que una ciudadanía simplemente jurídica y abstracta reemplazará poco a poco a la ciudadanía nacional.

B) El retorno de la guerra: una nueva era de la guerra

Examinemos ahora la segunda interpretación, la que concluye en el retorno de la guerra, en el ingreso en una nueva era de la guerra. Tratándose de los sucesos del 11 de setiembre de 2001, se puede hablar, en efecto, de un “retorno de la guerra”, en el sentido en que la estrategia norteamericana, después del 11 de setiembre, abandona la lógica de la disuasión y de la contención de las dictaduras para realizar, cito a un politólogo, “un verdadero *flash-back* a los primeros años de la guerra fría: reestructuración de las alianzas; paso del confinamiento a la expulsión (*refoulement*); compromiso de los Estados Unidos con el Medio Oriente (cf. ‘la doctrina Eisenhower’)”¹⁰. Sería, pues, posible hablar del ingreso a una “cuarta guerra mundial”¹¹.

1) Un mundo “hobbesiano”

La tesis de una inseguridad planetaria nueva y creciente se basa en una percepción del todo distinta de la situación del mundo en su conjunto. En primer lugar, repudia como ilusorio el pacifismo idealista que cree poder reemplazar la guerra con la instauración de un orden jurídico mundial. Tal sueño procede, por una parte, de una interpretación errónea de la época de la guerra fría, considerada, sin razón, como un ingreso a una era de paz definitiva. Pero la guerra fría no ha sido paz, solo ha sido la instauración de un orden terrorífico, estabilizado por el miedo a una muerte segura. Así es como se ha alimentado la ilusión según la cual la paz, y no la guerra, es el estado normal de las relaciones

¹⁰ Tertrais, Bruno, *La guerre sans fin. L'Amérique dans l'engrenage*, Paris: Le Seuil, 2004, p. 48.

¹¹ *Ibid.*, pp. 26, 33.

entre Estados. Asimismo, la caída del muro de Berlín ha sido saludada, sin razón alguna, como el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales, cuando lo que en realidad marca es una vuelta al estado de anarquía de las relaciones internacionales, un regreso al mundo eterno de la guerra, al mundo trágico del estado natural tal y como ha sido descrito por Hobbes. Como sabemos, el politólogo norteamericano Robert Kagan divide en dos el mundo occidental: para el occidente norteamericano, el mundo ha vuelto a ser hobbesiano; para el occidente europeo, se ha vuelto kantiano. El calificativo “hobbesiano” debe ser entendido efectivamente en un sentido trágico, pues significa que el riesgo de la muerte no puede ser sustituido por nada equivalente, ni en valor, ni en eficacia: el mundo de Hobbes es aquel “donde el poderío militar sigue siendo un aspecto primordial de las relaciones internacionales”¹².

2) Amenazas nuevas

Sin embargo, se objetará, el evidente retroceso del principio de la soberanía del Estado y la decadencia de los Estados en la escena mundial, ¿no permitirían considerar un retroceso probable de la guerra? ¡Todo lo contrario!, retrucará el realista. Pues la impotencia, la ilegitimidad o la artificialidad de un Estado contribuyen a atizar la rebelión, el odio y el maretazo descontrolado de la violencia. Resultado de ello es la lógica infernal de las dictaduras militares, de las guerras civiles que provocan, en medio de la confusión de los enfrentamientos entre las etnias y los clanes, la necesidad de una intervención militar o de una injerencia humanitaria. Pero, en este caso, el desconocimiento de los intereses de poder que están en juego podría complicar los conflictos, con el riesgo de extenderlos.

Así, con el fin de la guerra fría aparece un nuevo “desorden mundial”, como a veces se dice, sin enemigo objetivo identificable, pero herido por amenazas polivalentes, escurridizas y absolutamente imprevisibles.

3) La trisección del mundo

Ahora bien, se podría decir que la nueva combinatoria del peligro se inscribe estructuralmente en la trisección del mundo. Es lo que se

¹² Kagan, Robert, *La puissance et la faiblesse. Les États-Unis et l'Europe dans le nouvel ordre mondial*, traducción francesa: F. Israël, Paris: Plon, 2003, p. 118.

deriva de la teoría de las “tres olas”¹³ que los polemólogos norteamericanos Kelvin y Heidi Toffler impusieron en 1993 como principio estratégico. Se la puede resumir así: el mundo tiende a dividirse en tres grandes tipos de sociedad, sociedades agrarias, sociedades industriales y sociedades postindustriales, que están separadas por su historia, su economía, sus razones de vivir y de morir. Esta cohabitación forzada de sociedades desiguales y enemigas multiplica la combinatoria del peligro. En el momento en que los países ricos abandonan su soberanía en provecho de una economía universalizada, los países pobres tienden a reivindicar la suya; solo que a menudo son las preñaciones las que quieren hacerse naciones, en circunstancias en que ellas no pueden constituirse en Estados, lo que crea el problema particular del nacionalismo de hoy.

Como el mundo se encuentra frente a problemas nuevos (tribalismo, nacionalismo, disidencias religiosas y sectarias, diseminación poco controlable de las armas nucleares, imprevisibilidad de actores en ocasiones fanatizados, banalización del terrorismo y de la toma de rehenes, etc.), problemas para los cuales no existe ninguna solución tradicional, es preciso cambiar por completo nuestra manera de pensar la guerra y la paz, explican los Toffler en su obra *Guerre et contre guerre. Survivre à l'aube du XXI siècle*. Estas nuevas amenazas son la fuente de una multiplicación de conflictos regionales que son otras tantas “pequeñas guerras” susceptibles de generar otras más grandes, haciendo ineficaces a las organizaciones tradicionales de la paz, como la ONU. En 1993, el libro contabilizaba 150 a 160 conflictos que estallaron desde 1945.

De cara a lo que juzgan ser un nuevo tipo de anarquía internacional, política, social, económica, tecnológica y cultural, los autores intentan encontrar una explicación que pueda desembocar en una nueva doctrina militar adaptada a conflictos parciales, aunque imprevisibles. Su tesis es que la guerra de hoy es el resultado de una trisección del mundo que obliga a cohabitar a tres civilizaciones rivales. El origen de las guerras depende, como ocurría en el siglo XX, de la voluntad expansionista o ideológica de los Estados-naciones más que de una rivalidad entre diferentes tipos de producción y de niveles de vida.

¹³ Cf. Toffler, A. y H. Toffler, *War and Anti-War*, Nueva York: Little, Brown and Company, 1993. Traducción francesa: *Guerre et contre guerre. Survivre à l'aube du XXI siècle*, Paris: Pluriel, 1994.

Tres civilizaciones, o tres “olas” como las llaman, dividen el mundo y representan tres revoluciones económicas. La primera es agraria, la segunda industrial y la tercera, aún en sus inicios, es la de la explotación de los conocimientos. El primer tipo de civilización o “primera ola” se basa en los recursos naturales; el segundo, en la producción industrial en masa; y el tercero, en la “fuerza cerebral”. En términos políticos: coexisten pre naciones, naciones y postnaciones. Cada “ola” tiene sus élites, sus ricos y sus pobres, su organización social y cultural, pero, sobre todo, cada una se afirma, o se preserva, mediante la exclusión, incluida la destrucción de los otros.

En el caso de la “tercera ola”, la postindustrial, la supervivencia consiste en apropiarse del conocimiento, es decir, de los medios de la innovación perpetuada en la carrera hacia la prosperidad. Ello introduce al mismo tiempo una revolución en la concepción de la guerra y de la paz. A las guerras de destrucción masiva, características de la era industrial de la técnica que se acaba en el siglo XX, les sucede la “guerra del conocimiento”, la “ciberguerra” o guerra de la información, la guerra que fabrica armas llamadas “inteligentes”, cuyo objetivo no es tanto destruir a los hombres como los conocimientos que les permiten hacer la guerra.

4) ¿Un nuevo imperialismo liberal?

También el politólogo inglés Robert Cooper establece una cartografía tripartita de los riesgos de conflictos planetarios. En un artículo dedicado al “nuevo imperialismo liberal”, publicado en abril de 2002 bajo el título “The Postmodern State”, ve el mundo dividido en tres tipos de Estados: los Estados premodernos, los Estados modernos y los Estados postmodernos. Se trata, hay que precisarlo, de un esquema intelectual destinado a hacer resaltar la heterogeneidad en el mapa político del mundo.

El interés de este estudio es que se tome conciencia de que la idea de la decadencia del Estado en el mundo contemporáneo no puede tener el mismo sentido según se trate de un Estado premoderno (como Afganistán o Birmania), de un Estado moderno (como India o China) o de un Estado postmoderno (como Canadá o los países de Europa). Un Estado moderno pone en práctica los principios maquiavélicos de la razón de Estado y se adhiere al control de una soberanía legítima. Los Estados postmodernos, como es el caso en Europa, tienen una esperanza de paz fundada en una alianza que resulta del sentimiento de una vulnerabilidad

común. Los Estados premodernos sufren, en lo que a ellos respecta, de un déficit de soberanía, puesto que han perdido la legitimidad del monopolio de la fuerza y también del empleo de la misma.

De ahí que los nuevos peligros y las nuevas guerras sean consecuencia de los problemas planteados por el “mundo premoderno”. Es necesario admitir, arguye el politólogo inglés, que la lógica de paz practicada en Europa no puede ser aplicada al conjunto del mundo. Fuera del mundo occidental, en el espacio donde rige la ley de la selva, hay que luchar con la ley de la selva. La única perspectiva para detener la perpetuación de la violencia premoderna es la constitución de un nuevo imperio liberal, que será voluntario: “Es precisamente a causa de la muerte del imperialismo que vemos la emergencia del mundo premoderno... De lo que ahora se tiene necesidad es de una nueva forma de imperialismo, aceptable para un mundo de derechos del hombre y de valores cosmopolitas. Ya podemos discernir su perfil: un imperialismo que, como todo imperialismo, tenga como objetivo traer orden y organización, que se base hoy en el voluntarismo”¹⁴.

III. La dimensión cultural de la paz: puntos débiles y aspectos promisorios

Para resumir estas dos interpretaciones, simplificándolas, puede decirse que en este antagonismo se encuentra la vieja oposición entre el ideal de una realización de la paz mediante el derecho, de un lado, y el deseo de una realización de la paz mediante un imperio, de otro lado. Puede decirse también que se encuentra la muy clásica oposición entre idealismo y realismo. El primero acusa al otro de diabolismo (“demoniza” al adversario), el segundo le reprocha al primero su angelismo (“angeliza” tanto al adversario como a sí mismo). Sin embargo, estas marcas intelectuales clásicas no deben hacer olvidar la radical novedad de lo que está en juego: ya no se trata, como era el caso para la creación de la SDN o de la ONU, de apuntalar la paz en una alianza entre estados; se trata de preservarse de peligros que atraviesan las fronteras entre los estados y que son el resultado de la interpenetración de varios mundos

¹⁴ Cooper, Robert, “*The Postmodern State*”, en: *The Observer*, Special Reports, 7 de abril de 2002 (<http://observer.guardian.co.uk/worldview/story/0,11581,680095,00.html>).

(por el comercio de armas, de droga, por flujos de refugiados, redes del terrorismo, generalización de la herramienta informática, la influencia de los medios de comunicación, etc). Lo que autoriza a pensar que “los problemas de intervención tienen que ver menos con la rivalidad entre Estados que con la distancia entre sociedades”¹⁵.

Subrayar así la dimensión social de las amenazas nuevas lleva a que nos interese más específicamente en la última parte de esta exposición, a saber, en el contenido cultural de la idea de paz en el contexto europeo. En primer lugar, señalaremos sus puntos débiles para ocuparnos luego de sus aspectos promisorios.

A) Un pacifismo post-heroico

Se podría decir, en efecto, que la concepción que se tiene de la paz no hace más que reflejar el lugar que uno mismo ocupa en el mundo. Sería entonces pacifista quien se cree a buen recaudo del peligro, mientras que el que debe afrontarlo se vería llevado a legitimar una política de intervenciones militares. Esta manera de pensar es, en sustancia, la objeción que Robert Kagan le hace al pacifismo europeo: Europa sería políticamente pacífica porque es militarmente débil e incapaz de actuar. En un primer nivel de lectura, se trata de una provocación y de un simple proceso de intención: el pacifismo europeo se aprovecha de la protección militar de los Estados Unidos. Pero es posible elevar la objeción a otro nivel de sentido, a uno de carácter crítico y cultural: se trata, pues, de cobrar conciencia del hecho de que las guerras nuevas se alimentan de la vulnerabilidad de las sociedades democráticas. Dicho de otra manera, las guerras nuevas también se alimentan del pacifismo democrático.

Las sociedades democráticas, en efecto, tienden cada vez más a considerar la guerra como un fracaso político¹⁶ y a privilegiar la prosperidad (el bienestar económico) como valor supremo de la vida. Por eso la opinión pública es renuente a aceptar la necesidad de intervenciones militares. Las razones que “obligan a intervenir muy temprano y con determinación en los focos de crisis y de guerra para eliminar desde el

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Fórmula de Cooper.

origen la amenaza de extensión de los conflictos van en contra de la sensibilidad de las sociedades occidentales. Estas prefieren primero una política de quedar a la espera (*attentisme*) y de observación, confiando en que los inconvenientes políticos y financieros que la guerra que se anuncia hará pesar sobre ellos (bajo la forma de flujos de refugiados, de expansión de economías criminales e informales, o de riesgo de que determinadas estrategias sean emuladas) serán inferiores a los costos de una intervención armada¹⁷. Esta mentalidad es “post-heroica” en un doble sentido. En un sentido, el recurso a la fuerza aparece moralmente condenable y a la vez muy peligroso; en otro sentido, hay que preferir los medios del derecho, de la concertación y de la cooperación. La mentalidad post-heroica tiene igualmente dos efectos identificables. Ella basta para garantizar “que las intervenciones militar-humanitarias no degeneren en guerras imperialistas”¹⁸; pero también hay que constatar que es un recurso que explotan los terroristas: “el desprecio sin ambages con respecto a los modos de vida post-heroicos del país atacado, que se expresa mediante los atentados suicidas, amplía terriblemente los efectos psíquicos, que son el principal objetivo de tales atentados”¹⁹.

La manipulación mediática es, en efecto, una de las armas más eficaces de estas guerras sin fronteras. Es así como las democracias descubren la nueva dimensión cultural de las relaciones entre guerra y paz al mismo tiempo que su propia fragilidad cuando de darle la cara se trata.

B) La fragilidad de las democracias

Hasta una época todavía muy reciente, las reivindicaciones de legitimidad se politizaban (haciéndose marxistas, nacionalistas o libertarias, etc). Se ha tratado de decir que hoy en día ellas se “culturalizan”, en la medida en que se identifican con hechos mentales más grandes, psicológicos, afectivos, identitarios y civilizacionales. Toda la dificultad reside en actuar en relación con aquellas reivindicaciones que no tienen ningún objetivo políticamente negociable: es el caso cuando son infrapolíticas o suprapolíticas. Infrapolíticas (por debajo de lo negociable): cuando la violencia solo sirve a una forma de bandolerismo criminal. Suprapolíticas

¹⁷ Münkler, Herfried, *o.c.*, p. 219.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 183.

(más allá de lo negociable): en los casos en que la violencia pretende ser la expresión de un absoluto de tipo religioso (guerra santa islámica o sectarismo destructor del tipo Aoum), lo que crea un tipo de “chantaje” moral intolerable, que difícilmente pueden soportar y *a fortiori* analizar las mentalidades no violentas de las democracias.

Es así como puede producirse un hecho completamente extraño, que consiste en la *colaboración* involuntaria pero eficaz entre los productores y los detractores de la violencia, el cinismo de unos explotando el simplismo de otros. En efecto, cuando la violencia toma prestada la figura sagrada de los derechos de la víctima haciendo olvidar su propia voluntad de poder y de dominación, llega a actuar de manera emocional y puede entonces esperar conquistar una legitimación paradójica como instrumento suprallegal, expresión esta de una necesidad de justicia más fuerte que todo derecho. El razonamiento termina siendo el siguiente: a una extrema ilegalidad correspondería una suprema legitimidad, conferida por la emoción.

La opinión pública es, pues, un actor ambivalente. De un lado, muestra su esperanza en una legitimidad moral de la acción política; de otro lado, revela también las vulnerabilidades características de la democracia. La fragilidad de las democracias, sobre todo en el nivel interno, depende de que la opinión pública pueda erigirse en una especie de obstáculo interior: la incultura, al convertirse en un fenómeno de masas, iguala a la ignorancia y se vuelve generadora de incomprensiones, de contradicciones, de culpabilizaciones, de simplificaciones y de confusiones. Es así como la confusión de ideas tiende a convertirse en una verdadera arma, de la que aprenden a servirse los amantes de la manipulación: basta con alentar la confusión entre tolerancia y legitimación de la violencia, entre libertad y desorden, entre pluralismo y desencadenamiento de odios sociales, entre espíritu crítico y nihilismo, etc., para esperar que se produzca, si no la autodestrucción del sistema de valores democráticos, por lo menos su autoinhibición. Es, pues, en un mundo que sufre de una crisis de sentido donde se debe tratar la cuestión del sentido de la paz.

C) La interdependencia cultural

Así, sus componentes morales y políticos, pero también emocionales y mediáticos, le dan a la idea de paz una fuerte dimensión cultural,

cuya ambivalencia se ha subrayado. Pero una cultura de la paz mediante la difusión del bienestar no refleja más una concepción particular y egocéntrica: la de las democracias liberales de occidente que apuestan por el éxito económico. Hay allí un deseo de creer en una especie de fin de la historia, la cual estaría garantizada por la perpetuación automática del individualismo, del bienestar, del consumismo, mediante la desaparición de la autoridad, que muestra una manera ingenuamente arrogante de apropiarse del porvenir, de anexarlo a una suerte de *European way of life* ufano de sí mismo, moralizador y benévolo frente al resto del mundo.

Ahora bien, no es seguro que el atomismo individualista, hedonista y que de buen grado se proclama “postmoderno”, proporcione los medios de una cultura de la paz que pueda aspirar a una universalidad de tipo ético. Desde un punto de vista universitario, en cambio, otras emergencias culturales son perceptibles, en particular, la que consiste en pensar la paz desde el punto de vista del mundo, de un mundo que preserva la pluralidad, en el sentido arendtiano, es decir, un mundo multipolar, en el sentido contemporáneo del término.

Una tarea semejante no carece de recursos propiamente culturales. Se sabe que el cosmopolitismo kantiano no buscaba abolir los estados formando un único imperio, sino que quería hacerles tomar conciencia de su interdependencia, a la vez económica, política y cultural. Incitaba a los estados a tomar en cuenta las relaciones que forjan el espacio público. Profetizaba que el internacionalismo estaba llamado a transformarse en un interrelacionalismo. Esta predicción continúa siendo un desafío: que los estados, las culturas y las religiones conciban su misión de manera más interactiva que identitaria, de manera más relacional que sustancial, como una realidad constituida por las relaciones que crean y mantienen con otros estados, otras culturas y otras religiones.

La filosofía contemporánea se ha procurado los recursos del *linguistic turn* para contribuir con tratamiento argumentativo y pacífico en los conflictos de intereses. Además de esta función comunicacional normativa, la tesis de la primacía de la interlocución también podría encontrar una aplicación en la idea de un mundo común en un sentido cultural. Tal idea es solo un horizonte de sentido que no tiene el poder de destruir los conflictos ni las amenazas, aunque permite imaginar una réplica constructiva a la proliferación de guerras sin fronteras y sin reglas.

Si los intercambios internacionales entre sabios dan lugar a lo que se llama una "república de los espíritus" (*république des esprits*), la concepción dialógica del intercambio aporta una dimensión ética que concibe a los interlocutores como asociados en la iniciativa del sentido. De ello resulta un trastocamiento de las virtudes, hasta ahora distinguidas monádicas, como, por ejemplo, la tolerancia. La tolerancia, en versión subjetivista, es el esfuerzo que hago para aceptar el punto de vista del otro: una virtud egocéntrica, que me permite manifestar exteriormente la mejor imagen que quiero dar de mí mismo. Pero invirtiendo la figura, si se comprende que no es mi tolerancia la que crea la posibilidad de un intercambio, sino que la creación de un intercambio es la que engendra la tolerancia de los interlocutores, una tolerancia para varios, una reciprocidad en el oír y en el prestar atención, entonces la suficiencia individualista puede llegar a ser superada.

Conclusión

Se descubre, quizás, la aprioridad más pura de la universalidad, la aprioridad de lo universal en su estado naciente, si se puede decir así, una universalidad intencional *potencial*, no posesiva ni triunfante, sino abierta y crítica, atenta a la emergencia del sentido cuando se trate de comprensión y de comunicación mediante interacciones simbólicas. Lo que conduce a pensar que la verdadera universalidad, anterior a las apropiaciones culturales y políticas, podría ser la fe en la *comunicabilidad* interhumana, no en la comunicación como técnica de gestión de influencias, sino en la comunicabilidad como disponibilidad natural, anterior a su puesta a disposición. En un mundo tentado a concebir los signos que buscan apropiarse de las voluntades de poder comprometidas en luchas despiadadas, una aproximación dialógica de las culturas, practicable en un medio universitario, permite fundar una nueva modernidad de las relaciones.